



Sección 6

Problemas familiares

Lab. 6: Problemas familiares
02: Bibliografía (libro fórum)

Ser madre

Sobre las teorías,
sobre los esquemas sociológicos,
sobre los tópicos

están las madres

con sus sentimientos
ricos o pobres,
espontáneos o forzados,
expresados o soterrados.

HOY presento (insinuando un camino) cuatro madres de la antigüedad bíblica: HAGAR-REBECA-ANA-LA DE LOS HERMANOS MACABEOS.

Y en contraste, brusco pero estimulante, cuatro textos que ejemplifican los sentimientos de una madre de la actualidad problematizada hasta el límite. Están tomados del libro de Oriana Fallaci: «Carta a un niño que no llegó a nacer».

Sigo pensando que vale más una madre que todas las teorías sobre la maternidad.

Joaquín María García de Dios

HAGAR: Ismael, el hijo nacido en la esclavitud.

«Y Sara dijo a Abraham:

—El Señor no me deja tener hijos: llégate a mi sierva, a ver si ella me da hijos.

Abraham aceptó la propuesta.»
(Gen. 16,2)

PUEBLOS nómadas. La esterilidad, aparte de una deshonra personal de la mujer, era una tragedia para la prosperidad del clan.

Sara era estéril: presenta a su esclava a su ma-

rido, a ver «si le da hijos» a la misma Sara y puede empezar a sentirse útil a su marido y al clan.

Se utiliza a Hagar. Se tiene un niño. Y Sara no puede sufrirlo. Y maltrata a la esclava. Hagar huye. Y junto a la fuente del desierto Yahvé la convence para que vuelva a su señora.

Las cosas se arreglan hasta que la misma Sara concibe a su propio hijo. Ya no hace falta Ismael (el hijo de la esclava). Que, además, es un peligroso rival para la futura herencia.

Abraham, por imposición de su mujer, expulsa a Hagar y a Ismael del clan.

«Abraham madrugó, cogió pan y un odre de agua, se lo cargó a hombros de Hagar y la despidió con el niño. Ella se marchó y fue va-

gando por el desierto de Berseba. Cuando se le acabó el agua del odre, colocó al niño debajo de unas matas: se apartó y se sentó a solas a la distancia de un tiro de arco, diciéndose: «No puedo ver morir a mi hijo.» Y se sentó a distancia. El niño rompió a llorar. Dios oyó la voz del niño, y el ángel de Dios llamó a Hagar desde el cielo, preguntándole: «¿Qué te pasa, Hagar? No temas, que Dios ha oído la voz del niño que está ahí. Levántate, toma al niño y tenlo bien agarrado de la mano, porque sacaré de él un gran pueblo.» Dios le abrió los ojos y divisó un pozo de agua: fue allá, llenó el odre y dio de beber al muchacho. Dios estaba con el muchacho, que creció, habitó en el desierto y se hizo un experto arquero: vivió en el desierto de Farán, y su madre le buscó una mujer egipcia.»

Está por escribir la historia de los hijos nacidos en la esclavitud. Hijos en los que nadie decidió amorosamente el nacimiento. Hijos de la utilización de una mujer por un hombre, o de un hom-

palparme mi padre descubre que soy un embustero y me atraería maldición en vez de bendición.

Su madre le dijo:

—Yo cargo con la maldición, hijo mío. Tú obedéceme, ve y tráemelos.»
Gen. 27,11-13.)

Las respuestas típico dicen que «a todos los hijos se les quiere lo mismo», «de tener alguna preferencia sería por los más débiles...».

Muchas madres se sienten agredidas incluso cuando se les pregunta ingenuamente si quieren a todos los hijos por igual, como si el descubrir que no es así fuese tildarles de madres desnaturalizadas o con poca capacidad de amor y poco sentido de la justicia para repartir equitativamente su amor.

Yo pienso (y no pocas veces lo constato) que afortunadamente no se quiere a todos los hijos por igual, sino que a cada uno se le quiere de una



bre por una mujer. Hijos que... ya no importan. Hijos mantenidos para la prosperidad del clan.

Cualquier tipo de ilustración de estas realidades de madres suenan tan macabras como un atasco que se produjo en cierta población hace unos años por unos cuantos fetos abortados. Los símbolos, por expresivos que sean, muchas veces no impiden conocer con realismo la situación que simbolizan. Hay quienes no quieren llamar madres a esas madres: pero esos hijos son hijos de esas madres.

REBECA: El hijo preferido. Engañando al marido para proteger al favorito

«Jacob respondió a Rebeca, su madre:

—Mira, mi hermano Esaú es velludo y yo, en cambio, soy lampiño. A lo mejor al

manera peculiar, personalizada, y que no puede entrarse en la comparación del más o del menos que a los demás porque, efectivamente, no se trata de aspectos cuantitativos, sino de ese modo concreto de querer a cada uno de los hijos (que tampoco queda bien expresado por el «a todos igual»). Incluso creo que los hijos no se sienten bien queridos cuando se dan cuenta de que muchas cosas se hacen «para no dar preferencia a ninguno» y que vale más esa norma de justicia que la espontaneidad del amor por cada uno. Aparte de que un clima familiar que tiene que andar midiendo comparativamente lo que se da a cada uno de los hijos ha entrado en un tipo de relación extraño a la familia.

Rebeca era una madre que prefería a su hijo Jacob. Isaac, el padre, viejo y sin vista, concierta con Esaú, el mayor, que salga de caza y le guise su plato preferido para bendecirle después concediéndole de una manera solemne el derecho de la primogenitura.

Rebeca espió la conversación y mientras el hijo mayor andaba de caza, tramó y realizó la suplantación: preparó el plato preferido de Isaac, vistió a Jacob con los vestidos de su hermano y disimuló, con la piel de los cabritos guisados, la tersura de la piel de su hijo preferido.

El padre es engañado por las palabras del hijo y la astucia de la madre y da su bendición al hijo preferido de Rebeca. Y se estabiliza y encona la guerra entre los dos hermanos.

Y en el juego familiar:

- tantos encubrimientos, verdades a medias, planes maternalmente astutos para proteger al hijo de la sanción del padre;
- tantos sobornos para hacer prevalecer la justificación a favor del preferido;
- sobre todo la falta de auténtica coordinación entre las actitudes del padre y de la madre: que motivan sutilmente los chantajes de los hijos, las alianzas con su protector, y hacen de la vida familiar y del intento educativo una complicada estra-

tegia de guerrillas en donde uno de los componentes es la utilización de los predomios y debilidades de la afectividad.

ANA: *Un hijo como precio de una maternidad*

« Señor de los ejércitos: si te fijas en la humillación de tu sierva y te acuerdas de mí, si no te olvidas de tu sierva y le das a tu sierva un hijo varón, se lo entrego al Señor de por vida y no pasará la navaja por su cabeza.»

(1 Sam. 1,11.)

UNA madre que no puede tener hijos. Además, judía. (La realización de toda mujer judía era la maternidad: por necesidad personal y cultural. Y por desear encontrarse en la línea genealógica del Mesías que algún día nacería en una mujer.)



Y además despreciada por la otra mujer de su marido, Elcaná, que sí le había dado hijos y recibía los agasajos y beneficios de que se veía privada la mujer estéril.

Ana vivía amargada. Y eso que su marido la quería tanto como para compensarla de todo («Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué te afliges? ¿No te valgo yo más que diez hijos?»).

No, efectivamente no le valía ni por un solo hijo. Y Ana derramaba con su llanto su corazón ante Yahvé. Y en una de esas decisiones incomprensibles, desde luego, pero también incriticables, pide a Yahvé un hijo con la promesa de entregárselo desde el comienzo de su vida.

Y Ana fue madre: y tuvo el hijo tan deseado (Samuel) y se lo entregó a Yahvé en cuanto lo destetó. Y su corazón se contentaba (tenía que contentarse) con la visita anual a su hijo. Y claro, cada año le hacía una sotana mayor porque Samuel crecía lleno de vida, aunque su madre sólo pudiese comprobarlo cuando ya no le servía la sotana que le había llevado el año anterior.

Y por ese juego de generosidades (estamos en una época literaria de fabulaciones y de comunicaciones habituales con Yahvé) Dios quiere superar a la madre en fidelidad y en generosidad: «El Señor se cuidó de Ana, que concibió y dio a luz tres niños y dos niñas.»

Hoy, en el corazón de las madres, las cosas se viven de otra manera:

- En muchas mujeres, una necesidad de maternidad que supera (a veces destroza) el amor al marido. E incluso suplanta, e impide un verdadero amor a los hijos: se quiere ser madre por vivirse como tal. Se utiliza al marido, porque sin él no se va a conseguir la maternidad. Se acuna a los niños porque se siente la satisfacción personal de hacerlo.
- En muchas madres: la comparación entre su propia situación y la de otras mujeres que conocen: enconándose en amarguras que nacen exclusivamente de una falta de madurez afectiva, de no haberse aceptado incondicionalmente y de seguir necesitando protagonizar el primer papel en la gran escena (o farsa) del mundo social.
- Son pocas las madres que dejan que el hijo sea autónomo en su vida: unas lo predestinan, otras lo superprotegen, otras lo gobiernan con chantajes.
- Algunas, todavía hoy, mitifican sus situaciones biológicas. Y otras han racionalizado y calculado tanto las cosas que han excluido todo espíritu en la aventura de su maternidad. Y no saben comprender que Samuel crece y vive otra vida. Se contentan con ir midiendo los centímetros que hay que agrandar la túnica de cada año.

LA MADRE DE LOS MACABEOS

El extraño caso de una mujer y sus siete hijos objetores de conciencia.

Pulverizando el tópico de la debilidad del sexo débil

«Pero ninguno más admirable y digno de recuerdo que la madre. Viendo morir a sus siete hijos en el espacio de un día, lo soportó con entereza, esperando en el Señor. Con noble actitud, uniendo un temple viril a la ternura femenina, fue animando a cada uno y les decía en su propia lengua:

—Yo no sé cómo aparecisteis en mi seno: yo no os di el aliento ni la vida, ni ordené los elementos de vuestro organismo. Fue el creador del universo, el que modela la raza humana y determina el origen de todo. El, con su misericordia os devolverá el aliento y la vida si ahora os sacrificáis por su ley.»

(2. Mac. 7,20-23.)

EERAN tiempos de lucha por las libertades más elementales, de exaltación de un idealismo religioso y patriótico. Eran tiempos de objeción de conciencia, de fidelidad a los propios compromisos, cuando esta fidelidad se pagaba con la vida.

Y fue tiempo de desenmascarar a los contemporizadores y de que quedasen al descubierto los verdaderos.

Y de deshacer los tópicos de la manoseada debilidad del sexo débil. La conciencia de su maternidad se traducían en sentirse (biológica y afectividad) escenario de la formación de cada hijo en su seno: que si a algunas madres les consuela pensar que es obra automática del azar, a ella le parecía infinitamente más realista y cálido pensar que Alguien estuvo formando en ella el cuerpo de cada uno de sus hijos.

Madre capaz de ver un poco más lejos de las limitaciones existenciales que nos tienen enjaulados. Que es capaz de fortalecer cuando se pide fortaleza. Y que vive en una esperanza que ya está muy llena cuando son sus hijos quienes hacen vida propia del ideal de vida que ella deseó para ellos.

Además, anónima: nadie conoce su nombre. Tampoco a ella le había importado. Vivieron sus hijos. Dieron la vida por algo que merecía la pena. Su ciclo quedó completo y abierto a la realidad que merecía la pena esperar.

Porque en la vida de las madres la alternativa sería de difícil elección:

- morir: cuando no se conoce todo el futuro de la vida de los hijos: pero ellos siguen viviendo;

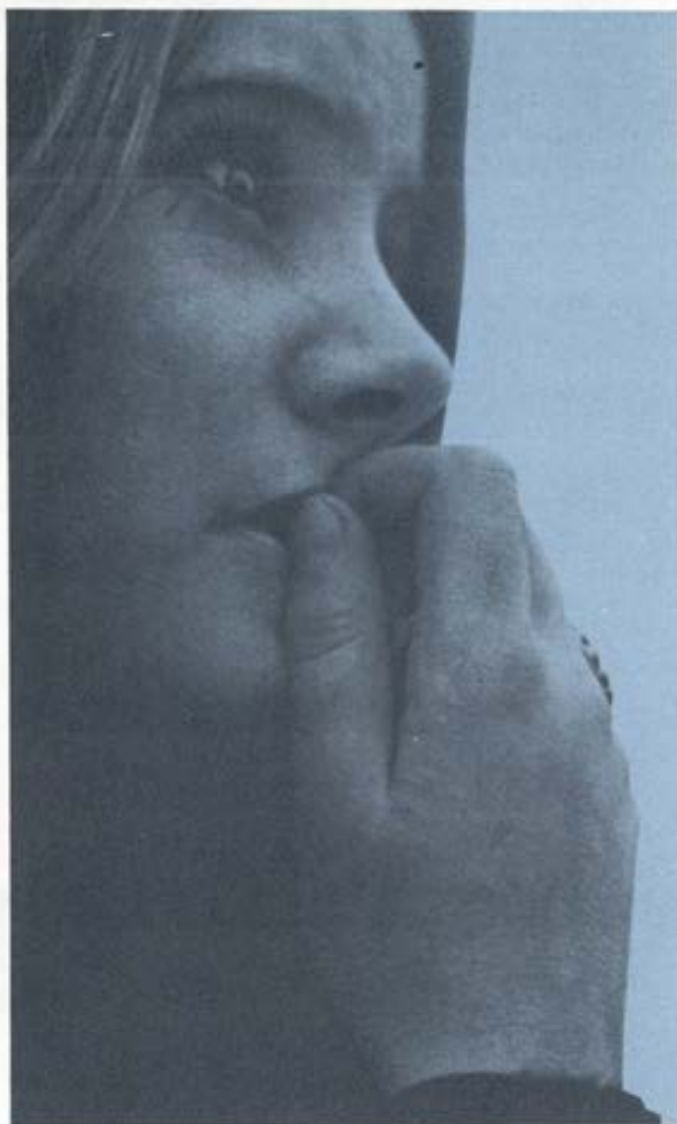
- vivir: y conocer la trayectoria completa de la vida de sus hijos: pero sin tenerlos.

A todas las madres la alternativa se la dan resuelta.

A la madre de los Macabeos le tocó la segunda hipótesis: pero ella murió con ellos y también le compensó: «La madre murió la última: después de sus hijos.»

I.

MI madre no me quería, ¿sabes? Yo empecé por error, por un instante de distracción ajena. Y, a fin de que no naciera, todas las noches mi madre diluía en el agua una medicina.



Luego la bebía, llorando. La bebió hasta la noche en que me moví, dentro de su vientre, y le solté un puntapié para decirle que no me arrojase. Se estaba llevando la copa a los labios. Enseguida la apartó y derramó su contenido en el suelo. Algunos meses después, yo me revolcaba al sol, victoriosa. Ignoro si eso ha sido un bien o un mal. Cuando me siento feliz pienso que ha sido un bien. Cuando me siento infeliz pienso que ha sido un mal. No obstante, incluso cuando hoy desdichada, pienso que me disgustaría no haber nacido, porque nada es peor que la nada. Yo, te lo repito, no tengo miedo al dolor. El dolor nace y crece con nosotros, y uno se acostumbra a él como al hecho de tener dos brazos y dos piernas. En el fondo, tampoco tengo miedo a morir, porque si uno muere significa que ha nacido, que ha salido de la nada. Yo temo la nada, el no estar aquí, el tener que admitir no haber existido, aunque sólo sea por casualidad, por error, por una distracción ajena. Muchas mujeres se preguntan: ¿Por qué traer un hijo al mundo? ¿Para que tenga hambre, para que pase frío, para que sufra traiciones y ofensas, para que muera avasallado por la guerra o por una enfermedad? Y niegan la esperanza de que su hambre sea aplacada, de que su frío se desvanezca al calor, de que no carezca de fidelidad y respeto, de que viva largos años para tratar de borrar las enfermedades y la guerra. Quizás estas mujeres tengan razón. Pero, ¿Hay que preferir la nada al sufrimiento? Yo, hasta en las pausas en que lloro sobre mis fra-

casos, mis desilusiones y mis dolores, llego a la conclusión de que sufrir es preferible siempre a la nada. Y si amplio esta conclusión a la vida toda, al dilema de nacer o no nacer, termino por exclamar que nacer es mejor que no nacer. Sin embargo, ¿resulta lícito imponerte a ti este razonamiento? ¿No equivale a traerte al mundo basándome tan sólo en mi convicción? Eso no me interesa, tanto más cuanto que no te necesito para nada.

(«Carta a un niño que no llegó a nacer», pág. 10-11.)

II.

ASUMO yo la responsabilidad de la elección. Y la asumo sin egoísmo, niño: traerte al mundo, te lo juro, no me divierte. No me veo caminando por la calle con el vientre hinchado: no me imagino amamantándote, lavándote y enseñándote a hablar. Soy una mujer que trabaja y tengo otros muchos compromisos y curiosidades: ya te dije que no te necesito. Pero de todos modos llevaré adelante tu gestación, te guste o no. Te impondré esta prepotencia que nos impusieron también a mí, a mis padres, a mis abuelos, a los abuelos de mis abuelos, y así hasta el primer ser humano parido por otro, le gustara o no. Si a aquél o a aquélla se le hubiese permitido elegir, probablemente habría respondido asustado: «No, no quiero nacer.» Pero nadie le preguntó su opinión, y así nació, vivió y murió tras haber parido otro ser humano al que no pidió tampoco su parecer, y el ciclo prosiguió durante millones de años, hasta nosotros. Cada vez se trató de una prepotencia sin la cual no existiríamos. ¿Crees que la semilla de un árbol no necesita coraje cuando perfora la tierra y germina? Bastan una ráfaga de viento para desprenderla y la patita de un ratón para aplastarla. Sin embargo, germina, resiste y crece, derramando otras semillas, hasta convertirse en bosque. Si tú gritas un día: «¿Por qué me has traído al mundo, por qué?», yo te habré de responder: «Hice lo que han hecho y siguen haciendo los árboles durante millones y millones de años y creí obrar bien.»

(«Carta a un niño que no llegó a nacer», pág. 13-14.)

III.

CBIERTAMENTE, tú y yo formamos una extraña pareja. Todo en ti depende de mí, y todo en mí depende de ti: si enfermas, yo enfermo, y si mueres, tú mueres. Pero no puedo comunicarme contigo, ni tú conmigo. En medio de la que tal vez, es tu sabiduría infinita, no conoces siquiera mi cara, mi edad ni el idioma que hablo. Ignoras de dónde vengo, dónde estoy, qué hago en la vida. Si tú quisieras imaginarme no tendrías siquiera un solo elemento para adivinar si soy blanca o negra, joven o vieja, alta o baja. Y yo sigo preguntándome si eres o no una persona. Nunca dos seres extraños ligados al mismo destino fueron más extraños entre sí que nosotros. Nunca dos desconocidos que compartieran el mismo cuerpo fueron recíprocamente tan desconocidos ni estuvieron tan lejos el uno del otro.

(«Carta a un niño que no llegó a nacer», pág. 32.)

IV.

MI madre te gustará. Con ella tendrás dos madres, y será para ti una auténtica riqueza. Te gustará porque opina que sin niños se acabaría el mundo. Te gustará porque es grande y tierna, con una panza grande y tierna para que tú te sientes encima, dos brazos grandes y tiernos para protegerte y una carcajada que es un concierto de campanillas. Nunca he llegado a entender cómo consigue reírse de ese modo, pero pienso que es porque ha llorado mucho. Sólo quien ha llorado mucho puede apreciar los aspectos bellos de la vida y reír a gusto. Llorar es fácil, reír es difícil. Aprenderás rápidamente esta verdad.

Tu encuentro con el mundo será un llanto desesperado. En los primeros tiempos sólo conseguirás llorar. Todo te hará llorar: la luz, el hambre y la rabia. Pasarán semanas y meses antes de que tu boca se abra en una sonrisa, antes de que tu garganta borbotee una carcajada. Pero no debes desaminarte. Y cuando llegue la sonrisa, cuando llegue la carcajada, tendrás que regalármelas a mí para demostrarme que hice bien en no valerme de la biología tecnológica, que hice bien en no regalarte al vientre de una madre mejor y más paciente que yo.

(«Carta a un niño que no llegó a nacer», pág. 40-41.)



ACTIVIDADES PARA UNA ESCUELA DE PADRES

Libroforum: 02 (reproducir el anagrama de bibliografía)

Propongo, como libro-documento:

ORIANA FALLACI:

Carta a un niño que no llegó a nacer.

Edit. Noguer, S. A. Barcelona, 1976.

Como guía para los comentarios:

- Evolución en los sentimientos de esta madre embarazada.
- argumentaciones en contra o a favor del aborto.
Evaluación crítica de esas razones.
- Qué es ser madre: diversos aspectos que van apareciendo a lo largo del libro: aspectos biológicos, interacción psicológica, reflejo social, valores trascendentes.
- Antología de formulaciones: aceptadas, discutibles, rechazadas.